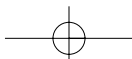
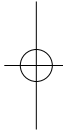
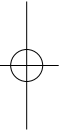
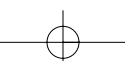
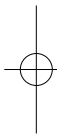
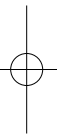




Esther Sanz nació en Barcelona el día de Todos los Santos de 1974. Licenciada en periodismo, ha trabajado en revistas femeninas además de ejercer de editora en un sello de libros prácticos. Lectora apasionada de novelas románticas en su adolescencia, siempre soñó con convertirse en escritora. Un día, mientras paseaba por su barrio, vio unas flores mojadas en un charco e ideó esta historia. Tuvieron que pasar varios años para que se decidiera a escribirla, animada por sus dos hermanas y por una inesperada fuerza interior: la de su hija, que fue gestándose al mismo tiempo que esta novela. *Vive rápido, siente despacio* es su primera obra, que ha situado en un paraje de su infancia: Regumiel de la Sierra.

*Vive rápido,
siente despacio*





*Vive rápido,
siente despacio*



Esther Sanz

Talismán

*No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier otra forma o por cualquier otro medio,
sea éste electrónico, mecánico, reprográfico, gramofónico u otro,
sin el permiso previo y por escrito de los titulares del «copyright».*

Título original inglés:

©

Derechos cedidos por

Primera edición: de 2006

© de la traducción:

, 2006

© de esta edición: Grup Editorial 62, s.l.u., Talismán
Peu de la Creu, 4 , 08001 Barcelona
correu@grup62.com
grup62.com

Fotocompuesto en Víctor Igual, S.L.

Impreso en

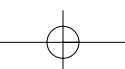
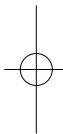
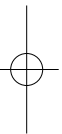
Depósito legal: B. -2006

ISBN: 84-

ISBN 13: 978-84-

En reconocimiento a cada una de las mujeres
de mi árbol genealógico, con todas sus bendiciones
y las mías para mi hija Martina.

Y para Ismael, mi vida.

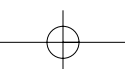
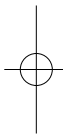
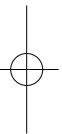


Agradecimientos



Gracias a:

Francesc Miralles, mi escritor favorito y gran amigo,
por su generosidad infinita.



Semillas del pasado



Violeta se incorporó repentinamente del sofá y corrió a cerrar la ventana. Se había quedado dormida con el tintineo de las primeras gotitas chocando tímidamente contra el cristal. La había dejado entornada para ventilar la habitación en la que se había pasado varios días encerrada, para acabar un encargo urgente. Pero ahora la tormenta estaba encima y el viento hacía que la lluvia se colara con furia por la ventana.

El agua había formado un charquito en el suelo y había llenado de gotas su mesa de trabajo, pero suspiró aliviada al comprobar que las acuarelas de flores estaban intactas. Se había pasado toda la noche trabajando para entregarlas a tiempo, así que se sintió afortunada de no tener que pagar caro su despiste.

Apoyada en la ventana, contempló cómo el viento hacía bailar a su antojo los plataneros de la acera y desvestía con violencia sus ramas, cubriendo el suelo de hojarasca. Cerró los ojos y pudo sentir el silbido del aire y cómo las hojas secas crujían bajo las pisadas de los transeúntes. Al abrirlos, enfocó la mirada en el cristal y se guiñó un ojo a sí misma. Estaba contenta. Las últimas semanas habían sido muy duras, pero ahora, por fin, asomaban planes interesantes en el horizonte. Le esperaban unos días de relax en la montaña con cinco amigos de la infancia. Cuando recibió aquel misterioso e-mail de Lucía, no

dudó ni un instante en aceptar la invitación... Como siempre, tardó apenas unos segundos en arrepentirse de su decisión. «¿Por qué seré tan impulsiva?», pensó. Hacía más de quince años que no se veían y lo más probable es que acabara sintiéndose incómoda rodeada de extraños. Aun así, tenía mucha curiosidad; la incertidumbre de no saber qué ocurriría durante esos días le hacía sentirse inusualmente excitada.

Mientras recogía su desordenada melena en una coleta, Violeta se asustó con un sonoro trueno, haciendo que sus rizos rojos escaparan de sus manos. «Mejor así», pensó. Saúl siempre le pedía que se lo recogiera. Le gustaba ver su largo cuello desnudo. Decía que le daba un toque de distinción y le hacía parecer más alta y esbelta. Pronto cumpliría los treinta, pero su aspecto menudo y las pecas salpicadas por sus mejillas y por su nariz respingona, le hacían mucho más joven.

Apenas hacía un mes que se había mudado a ese ático de la calle Cisne. Estaba situado en pleno barrio de Gracia, junto al mercado, en un edificio de finales del siglo XIX. El estudio, de 40 m², sorprendía por su simplicidad bohemia y por lo bien aprovechado que estaba el espacio. Se componía de un amplio salón con cocina americana, un dormitorio, un cuartito trastero y un baño con ventana. El suelo era de mosaico modernista y colores alegres, y su dibujo geométrico variaba en cada estancia. Las paredes, de un blanco roto para dar más amplitud al espacio, estaban decoradas con acuarelas y óleos que Violeta había pintado con motivos cotidianos. Uno de ellos —su favorito— reproducía la escena de una pareja tomando el té en una soleada terraza, rodeada de flores. En otro, un gatito gris de largos bigotes jugaba con un ovillo de lana roja. Los techos eran muy altos, y con vigas de madera restauradas y tratadas con un barniz de roble blanco. Aunque Violeta estaba encantada de vivir en un barrio como aquel, en continua ebullición, lo

mejor del piso era su fantástica terraza, desde donde podría pintar en verano. Pero para eso aún faltaba mucho, el otoño estaba siendo muy frío y se avecinaba un largo invierno.

Enfundada en su chaqueta verde, de lana gruesa, que se ponía para estar por casa, Violeta sintió un escalofrío y se dirigió a la cocina a prepararse un té. Después de repasar con la mirada todas las cajitas de lata, dispuestas en fila, en las que guardaba las distintas variedades, se decidió por un Lady grey. El té negro la mantendría despierta para afrontar el resto del día. Todavía tenía que ir a la editorial. Con un poco de suerte quizá le encargarían más ilustraciones para algún libro. También tenía que comprar algunas cosas para el viaje, preparar la maleta y llamar a Saúl. De repente se sintió triste, sabía que no podía postergar más ese momento; pero le fallaban las fuerzas para afrontarlo... Aspiró el aroma intenso a naranja, bergamota y rosas de su té humeante. Quería fundirse en ese agradable olor y borrar la mirada derrotada de Saúl, suplicándole que no se marchara.

Aquel sábado por la mañana, cuando Violeta terminó de empaquetar todas sus cosas, y por fin dejó la casa de Saúl, se sintió desconcertada. Cerró los ojos y trató de hacer un repaso de los momentos felices compartidos... pero no le venía ningún recuerdo especial. Quiso esforzarse y visualizó aquel día en el parque cuando se conocieron y a ella le pareció tan guapo y enigmático... Él se acercó con el pretexto de preguntarle la hora —más tarde confesaría que había guardado su reloj en el bolsillo. Después hizo un comentario sobre el libro que ella estaba leyendo... Y como no parecía incomodarse, sino más bien lo contrario, se sentó a su lado en el mismo banco e iniciaron una conversación. Era una tarde de mediados de octubre, cuando el calor todavía persiste pero la luz se vuelve más tenue

y melancólica. Recordaba bien el momento en el que las hojas de un platanero cercano empezaron a caer sobre sus cabezas y él, recogiendo una al vuelo, extendió su mano hacia ella. «Te regalo este bonito punto de libro si me aceptas un café...». Ella dijo que sí con la cabeza y rió para sus adentros, porque era la primera vez que aceptaba una invitación así de un extraño y le recordó a algún galán de esas novelas románticas que tanto le gustaban... Pero de todo aquello hacía ya mucho tiempo.

Antes de marcharse para siempre recorrió el apartamento, sorteando las cajas que había dejado apiladas en el pasillo, abriendo todas las puertas en busca de más recuerdos... Pero nada, sólo acudían a ella situaciones de la vida cotidiana, cargadas ahora de vacío e indiferencia. Habían pasado tres años desde que decidieron vivir juntos. Durante ese tiempo, ninguna discusión, ningún reproche. Al principio, Violeta pensó que era muy afortunada y que Saúl era el hombre ideal: atento, culto, guapo, educado; y aunque tardó poco en darse cuenta de que no le amaba y de que nunca sería del todo feliz a su lado, pensó que el tiempo se encargaría de que ambos acabaran de encajar como dos piezas del tetrís.

Después de sacar las cajas, abrió el cajón del mueble del recibidor con el propósito de dejar sus llaves y se sorprendió al encontrar allí su carta de despedida, perfectamente doblada por la mitad, como la dejó ella hacía apenas unas semanas...

Querido Saúl,

he tomado una decisión: me voy de casa. He estado a punto de decirte esta mañana, mientras desayunábamos, pero me ha faltado valor. Me he pasado toda la noche dando vueltas en la cama, tratando de escoger las palabras que menos duelan... Sé que tú te has dado cuenta porque te has girado hacia mí y me has acariciado el pelo para tranquilizarme, como tantas otras noches de insomnio, igual que una

niña que necesita sentir la paciente compañía de un adulto para conciliar el sueño.

Antes de entrar en la cocina, me he quedado un rato observándote desde la puerta. Como cada día, te has levantado pronto para planchar el traje y hacer el desayuno. La cocina olía a café recién hecho y a tu perfume... Me he sentado a tu lado y enseguida has doblado el periódico por la mitad y me has mirado con impaciencia. No has dicho nada y lo has dicho todo.

Siento no haber tenido el valor de decírtelo en persona. Te llamaré pronto. Ahora necesito pensar. Me siento perdida y no quiero arrastrarte conmigo. Tú siempre has sido tan comprensivo...Vendré el sábado por la mañana a por mis cosas. Preferiría que tú no estuvieses...

Violeta

—¡Maldita lluvia! No puedo creerlo... —se lamentó Violeta consternada mientras contemplaba paralizada cómo sus acuarelas de flores se cubrían de agua, al caer en un charco.

Antes de reaccionar y agacharse para recogerlas, Violeta estuvo tentada de salir corriendo. La imagen era demasiado dolorosa. Le había llevado semanas acabar el encargo, y justo aquel día que debía entregarlas.

Había salido con tanta prisa de casa que olvidó cerrar del todo la cremallera de su portafolios, dejando vía libre a las flores para que escaparan caprichosas en busca de agua fresca.

Llegaba tarde a la editorial y sabía que Malena, la directora literaria, odiaba que la hicieran esperar. Pero ahora eso era lo que menos le preocupaba.

Violeta dejó el paraguas a un lado, y rescató una a una las láminas cogiéndolas de una punta y sacudiéndolas delicadamente. Aunque las había rociado con un *spray* fijador en casa, el exceso de agua era demasiado y los colores se habían corrido

irremisiblemente formando dibujos abstractos de colores marronosos.

—¡Mierda! —gritó llena de rabia sin percatarse de que se estaba empapando bajo la lluvia—. ¿Cómo he podido ser tan tonta? —se lamentó nerviosa mientras las iba recogiendo.

En ese momento, un joven con chubasquero negro, pasó velozmente a su lado y pisó la última que le quedaba por recoger. Al ver la cara de desesperación de Violeta, y el puñado de papeles mojados que sostenía entre sus manos, comprendió enseguida lo que acababa de suceder y se inclinó para disculparse y ayudarla a levantarse.

Pero Violeta no veía la mano tendida de ese chico. Su mirada se había quedado clavada en la última flor mojada y pisoteada. Estaba manchada de barro y no había ni rastro de la belleza del trazo firme y delicado de su autora, la perfección con la que usaba la luz y las sombras, y la combinación exquisita de los colores que hacían sus obras tan reales que casi amenazaban con salirse del papel. Aun así, la reconoció enseguida, los cho-reones de tinta lila la delataban: era la violeta.

Violeta se sintió como su flor mojada: pisoteada y destrozada. Y entonces se derrumbó. Como una niña invadida por una rabietta, cedió a la gravedad de las circunstancias y cayó de bruces al suelo. No le importó que el joven se marchara con cara extraña-da, como quien contempla a una loca, ni las miradas curiosas de la gente que pasaba apresurada con sus paraguas de colores.

Ahora lloraba amargamente, sin tapujos, cubriéndose la cara con las manos, sin reprimir los gemidos que escapaban de su boca. Lloraba por sus flores y por ella misma, lloraba porque había fracasado una vez más y ya le quedaban pocos cartuchos por quemar...

Hacía años que había dejado atrás la facultad de Bellas Artes y aquel era el primer encargo serio con el que se enfrenta-

ba. Durante un tiempo había compaginado su trabajo habitual de teleoperadora con los encargos que la editorial le hacía; hasta el momento cosas pequeñas, proyectos sin importancia a la altura de cualquier principiante. «Álbum de flores» había sido su primer reto serio. Su nombre aparecería en la portada y sus flores ilustrarían preciosas fábulas y citas de un conocido autor. Había firmado incluso un contrato por una cantidad nada desdeñable; así que, reuniendo el valor necesario, había dejado su empleo gris para dedicarse de lleno a su gran pasión.

Estaba aterrada porque no podía permitirse perder ese contacto y temía la reacción de su editora. Pero haciendo acopio de sus últimas fuerzas, metió las flores mojadas en una bolsa de plástico y se levantó dispuesta a enfrentarse a su suerte.

Las flores habían decidido suicidarse a dos pasos de la entrada del ferrocarril. Así que Violeta corrió a refugiarse de la lluvia, dejándose engullir por la boca del metro. Ya sentada en el vagón, secó sus lágrimas y sacó las láminas destrozadas de la bolsa. Sólo contó cinco de las treinta que llevaba en su portafolios... Por suerte, el resto se había quedado dentro.

Pensó que tal vez Malena se apiadaría de ella y le daría unos días más. Al fin y al cabo, llevaba consigo la prueba del accidente, que descartaba la versión de la excusa. Aunque también sabía que las fechas de imprenta eran, casi siempre, inflexibles y que podía pagar caro su descuido no recibiendo nuevos encargos. Hasta ahora siempre había cumplido puntualmente... Pero ¿y si ahora que se había decidido a dar el salto le fallaba ese trabajo? ¿Qué haría?

Violeta se dejó impresionar, una vez más, por el edificio de mármol blanco de la editorial, que se alzaba orgulloso en Tres Torres —uno de los barrios más ricos de Barcelona— y, sin

apenas saludar a la recepcionista, se coló rápidamente en el ascensor. Estuvo a punto de soltar un grito al verse reflejada en el espejo, pero pensó que sería más útil aprovechar los cinco pisos de trayecto para arreglarse el pelo y limpiarse un poco la cara con un pañuelo.

—Violeta, ¿qué te ha pasado, mujer? Tienes una pinta horrible. ¡Estás empapada! Llevas el abrigo cubierto de barro y el pelo mojado y revuelto...

Violeta pensó que aquella mujer, profesional de las palabras, siempre escogía las menos adecuadas para tratar a los demás. Se lamentó de haberse encontrado con ella a la salida del ascensor; le hubiera gustado acabarse de arreglar en el lavabo.

Entonces reparó en el aspecto impoluto y elegante de Malena y se sintió pequeña e insignificante. Aquella mujer, aunque no era especialmente guapa, destilaba encanto y personalidad. Hacía años que había cumplido los cuarenta, pero su cuerpo esculpido durante horas de gimnasio y su aspecto cuidado le hacían parecer mucho más joven. Además, poseía un gusto exquisito para la ropa. Como era alta no necesitaba tacones para imponer su belleza y la camiseta más simple de H&M o el traje menos sofisticado de Zara, combinados con accesorios únicos que compraba en las tiendas más chic y alternativas de Barcelona, parecían en su cuerpo modelos exclusivos de algún diseñador de prestigio.

Siguió sus pasos hasta su despacho. Como ella, la estancia era fría pero con estilo. La moqueta gris del suelo lucía impoluta y Violeta se disculpó al ver sus botas manchadas de barro. Malena hizo un gesto de despreocupación con la mano e invitó a Violeta a que se sentara en una de las sillas, con estampado de cebrá, que bordeaban la mesa de cristal de reuniones. Sobre ella, una enorme orquídea blanca presidía desde el centro. Violeta sonrió al recordar que en el lenguaje de las flores las orquídeas son mensajeras de sofisticación y frialdad.

Sobre las estanterías de acero, los libros lucían perfectamente ordenados por tamaños y temas. Los del sello que dirigía Malena ocupaban un lugar de honor. Casi todos eran libros caros, de ediciones muy cuidadas y, aunque no destacaban por su comercialidad, la editorial se vanagloriaba de publicarlos para dar prestigio a la firma.

La mesa de trabajo de Malena mantenía un justificado desorden... Sobre ella se amontonaban varias pilas de papeles y libros. Violeta sabía que detrás de toda esa apariencia de suficiencia se escondían horas y horas de trabajo, esfuerzo y dedicación. Sin embargo, algunos detalles personales de Malena, como su pluma Montblanc o su agenda de piel Gucci, acababan delatando su personalidad esnob. Violeta reparó en el marco de plata que se escondía tras la pantalla de plasma del ordenador y pudo distinguir desde su silla la imagen de un hombre guapo, de traje oscuro y amable sonrisa, rodeado de dos niñas monísimas. La estampa era tan perfecta que, si no fuera porque sabía que Malena tenía un marido y dos niñas, hubiera jurado que se trataba de una de esas fotos de estudio que vienen incorporadas al marco.

Después de dar un par de sorbos al café que le ofrecía Malena y de respirar profundamente, Violeta, por fin, se atrevió a comentar:

—Malena, he tenido un pequeño... No, un gravísimo percance. No te lo vas a creer, pero... las flores... la lluvia... yo... —balbuceó Violeta de forma incomprensible.

En ese momento, las horas de cansancio, los nervios y el frío que se calaba en su cuerpo mojado hicieron tambalear su seguridad, mientras mostraba a Malena, entre lágrimas sofocadas, una a una, las láminas mojadas y le explicaba entrecortadamente lo que había pasado.

La cara de horror de Malena, mirándola por encima de sus gafas de pasta negra de Prada, le hicieron reaccionar a tiempo

y sacar rápidamente el portafolios con las flores que se habían salvado del diluvio.

—Esto no es nada profesional, Violeta —sentenció Malena señalando las flores mojadas—. Algo así es inadmisibile en una editorial seria como esta. Me he jugado el tipo por ti, apostando por una ilustradora desconocida y tú...

—Pero la lluvia... —balbuceó Violeta.

—¡Tenías que haber sido más lista, mujer! —espetó Malena perdiendo durante unos segundos los nervios—. Te he encargado un proyecto ambicioso. Has firmado un contrato... Y acabas actuando de forma irresponsable y estúpida. Mira, si no eres capaz de responder de tu trabajo es mejor que vuelvas a tu empleo de vendedora telefónica.

—Eso no es justo. He trabajado mucho y tienes sobre la mesa veinticinco láminas impecables. Si pudieras darme unos días más...

—Ya no confío en ti, Violeta. ¿Quién me asegura que dentro de unos días no te vas a presentar con otra nueva excusa?

—¡Ha sido un accidente! —protestó Violeta tratando de defenderse una vez más.

—Tú sí que eres un accidente —contestó Malena entre dientes pensando que Violeta no la oiría.

—Vas a tener suerte —continuó Malena recuperando la compostura—, porque esta mañana hemos adelantado otro libro a imprenta sobre edificios orientales, a propósito de la muerte de un famoso arquitecto japonés. Pero quiero las flores en mi mesa, en perfecto estado, en una semana. ¿Has oído? Tienes siete días para solucionar este «accidente». Eso sí —añadió Malena mientras repasaba con aprobación, una a una, las láminas intactas que Violeta sacaba de su portafolios—, tienen que estar, como mínimo, tan bien como éstas. Tengo que reconocer que son preciosas.

—Te lo prometo —sentenció Violeta muy seriamente,

aliviada por las últimas palabras de Malena—. Serán tan bonitas que te parecerán casi reales.

Violeta se despertó con la luz tenue de los primeros rayos de sol acariciándole la cara. Había dormido plácidamente y se sentía optimista. Estiró los brazos para desperezarse y saltó de la cama de un brinco. Al principio de separarse había echado de menos el cuerpo cálido de Saúl tendido a su lado, sobre todo los sábados, cuando ninguno de los dos tenía que madrugar y se hacían los remolones hasta bien entrada la mañana... Pero pronto aprendió a saborear el placer de despertarse e iniciar el día sola. Después de un mes de independencia, en su ático de Gracia, Violeta ya no cambiaba sus sábados, ni ningún otro día de la semana, por la compañía de Saúl... Desde la ruptura, él la había llamado dos veces pidiéndole que reflexionara o, al menos, que se vieran para tomar tranquilamente un café y charlar de todo. Precisamente habían quedado ese mismo sábado... Y aunque eso fue antes de aceptar la invitación de Lucía, todavía no había reunido el valor suficiente para llamarle y aplazar su cita. Le partía el corazón escuchar la voz ronca y profunda de Saúl entrecortada, diciéndole que la echaba de menos, que la quería...

A veces, cuando se sentía triste y sola, tenía momentos de duda; entonces tenía que controlarse para no marcar el número de Saúl y pedirle que volviera. Pero algo en su corazón le decía que no estaba equivocada y que había tomado la decisión correcta. No estaba enamorada de él..., y Saúl merecía una mujer que lo amara de verdad y no de una manera fraternal. ¿O quizá el amor era eso?

Las agujas del reloj de pared colgado en el salón marcaban las diez y Violeta pensó que debía darse prisa. Había quedado a las tres con Lucía en la estación de Sants para que pasara a recogerla con su coche. Pero antes tenía que ir al centro, a plaza Universidad, para comprar material de dibujo en Casa Rigol, una tienda de bellas artes de la que era asidua desde hacía años. Quizá incluso tendría tiempo para pasear un rato. A Saúl ya le llamaría durante el viaje.

El agua fresca de la ducha le devolvió de nuevo la sonrisa. Se había acostado preocupada. Después de la conversación con Malena había estado a punto de llamar a Lucía y decirle que no podía ir de viaje con ellos. Pensó que era preferible encerrarse en casa y acabar su encargo sin distracciones. Sin embargo, ahora lo veía todo distinto. Un poco de aire fresco de la sierra no le vendría mal, podría inspirarse en la naturaleza y pintar, quizá, algunas flores en directo, con su modelo real. Además, si algo se torcía, siempre podría coger un tren y volverse a Barcelona.

Mientras se enjabonaba, le vino a la cabeza un sueño que había tenido esa misma noche. La imagen acudió a su mente con precisión y no pudo reprimir una carcajada al recordar el desvarío de su inconsciente.

En su sueño, se encontraba en el despacho de Malena, sentada en el mismo lugar de la tarde anterior. No había rastro de su editora, pero sí de algunas flores, dispuestas alrededor de la mesa de cristal, ocupando las sillas de cebra. Parecía una reunión importante. Todas hablaban al mismo tiempo... Violeta no podía entender lo que decían, pero comprendía que estaban muy enojadas. El jazmín alzaba sus hojas amenazantes y señalaba a la pobre margarita, cuyos pétalos en vez de blancos se habían vuelto marrones. El pensamiento lloraba amargamente

mientras la gardenia trataba de consolarlo... La azalea se quejaba a la angélica y miraban de reojo, con desconfianza, a la violeta, que más mustia que viva gemía en un rincón de la mesa.

—¡Basta! —se atrevió a decir la Violeta de carne y hueso—. Está bien, está bien... No entiendo bien lo que tratáis de decirme, pero sé que os he fallado. Os prometo que os compensaré.

En ese momento todas las flores se levantaron y empezaron a aplaudir enérgicamente con sus hojas... al tiempo que iban abriéndose y floreciendo con una belleza casi irreal, ante la mirada alucinada de Violeta.

Mientras el agua corría por su cuerpo desnudo, Violeta pensó que la interpretación estaba clara: sus flores la acusaban de haberlas destrozado y le exigían una compensación... Pero quizá ése no era exactamente el mensaje... Tal vez las flores, descontentas con el trabajo de Violeta, habían decidido autoinmolarse para que ella comprendiera mejor el significado oculto de cada una de ellas y pudiera plasmar de verdad su belleza intrínseca y natural. En realidad, al reclamar ese derecho inalienable le estaban concediendo una segunda oportunidad a Violeta, para perfeccionar su obra y posicionarse en el mundo editorial como una buena ilustradora.

Violeta se sorprendió al ver su cara seria y pensativa en el espejo del lavabo. Estaba algo empañado por el vapor, pero distinguió perfectamente su expresión perpleja, como de quien acaba de descifrar un difícil acertijo, y volvió a reírse con ganas. Definitivamente, estaba un poco chiflada, pero la interpretación de su sueño había conseguido que volviera a ilusionarse con el trabajo que le esperaba. Estaba dispuesta a superarse a sí misma y dibujar las flores más bellas del mundo.

En menos de diez minutos hizo la cama y preparó su bolsa de viaje. Había metido ropa interior para los cinco días, calcetines, un par de medias gruesas, un par de vaqueros, una camisa negra, una falda trapezoidal de paño, tres camisetas, unos pantalones tobilleros de algodón y algunos jerseys y chaquetas de lana. Cuando cerró la bolsa, con cierto esfuerzo, recordó que no había metido su neceser con todos los enseres de higiene personal... Antes de correr el riesgo de reventar la cremallera, decidió meterlo todo en su enorme bolso de mano.

El tiempo empezaba a apremiar, así que escogió algunas prendas y se vistió apresuradamente en su habitación. El espejo de cuerpo entero aplaudió su elección y Violeta decidió premiarse con un té y unas galletas de canela, antes de salir de casa.

Ya en la tienda de bellas artes, Violeta hizo un cálculo aproximado de lo que iba a necesitar. Todavía le quedaban algunos tubos de acuarela Taker, así que compró varios tonos de los colores que más usaba, varios lápices, tres pinceles Da Vinci de distintos tamaños y cerdas, y las suficientes láminas Guarro como para equivocarse unas cuantas veces. Al salir, se compró un sándwich vegetal en la cafetería de la esquina y aceptó la invitación del sol de ir caminando hasta casa. Tenía más de media hora a paso ligero, pero después de tantos días de mal tiempo y encierro en casa trabajando, se resistía a descender a los oscuros túneles del metro. Decidió subir por Paseo de Gracia por si el tiempo se le echaba encima y se veía obligada a coger el autobús. La temperatura era muy buena para estar casi en noviembre y Violeta disfrutó, como siempre, observando los escaparates y a la gente variada que bajaba en dirección contraria. Durante unos segundos, se lamentó de su viaje a Burgos. Seguramente allí haría frío y se perdería los últimos coletazos de buen tiempo en Barcelona, antes del invierno.

Una vez en casa, abrió su enorme maletín de madera e introdujo allí todos los utensilios de pintura que había comprado.

Mientras esperaba un taxi, Violeta abrió la nevera y se sirvió un zumo de manzana. Al cerrarla, releyó una vez más el e-mail de Lucía, que colgaba de la puerta sujeto de un imán. En el destinatario figuraban cinco direcciones de correo electrónico. Violeta, aparte de la suya, descifró dos más: la de Víctor y la de Alma. Las otras dos, escritas con números y palabras que no le decían nada, eran imposibles de resolver; pero intuyó que se trataban de Mario y Salva. Los seis habían sido inseparables durante la EGB. Fans de los libros de Enid Blyton habían incluso formado un club secreto: «Los seis salvajes». Se reunían siempre al salir del colegio y nadie de la clase había sospechado la amistad que los unía. No habían vuelto a verse desde entonces. El e-mail imitaba las notas telegráficas en clave que se enviaban de pequeños antes de convocar alguna reunión.

Sábado, 30 de octubre, 23.00 h. Vieja vaquería. Reunión de «Los seis salvajes». Gran celebración 30 aniversario. Puente del 1 de noviembre. Regumiel de la Sierra. Burgos. Confirmación.

Más abajo, Lucía adjuntaba una persuasiva nota explicando cómo había encontrado sus e-mails y los motivos por los cuales los seis debían tomarse unos días de vacaciones y recorrer 500 km para volverse a ver.

Queridos Salva, Violeta, Mario, Víctor y Alma:

Soy Lucía Ibáñez. No sé si os acordaréis de mí... Aunque espero que sí, porque yo os recuerdo muy bien a cada uno de vosotros.

El otro día, por azar, entré en un buscador de amistades, tupa-

do.com, y encontré vuestros e-mails en la página web del colegio donde estudiamos primaria.

Hace quince años nos hicimos una promesa, ¿lo recordáis? Acordamos que, pasara lo que pasara, volveríamos a reunirnos a los treinta.

Durante este año todos hemos cumplido o estamos a punto de cumplirlos. Quizá os parezca extraño que después de tanto tiempo os haga esta propuesta, pero ¿por qué no hacemos una celebración conjunta y cumplimos con el pacto que hicimos de niños?

Conozco un lugar idílico, entre Burgos y Soria, en el que podríamos pasar unos días muy agradables. Está en plena Sierra de Pinares. Es un pueblecito de unos quinientos habitantes llamado Regumiel. Podríamos pasar allí el puente de «Todos los Santos». Este año son ¡cinco días! Puedo reservar una casa rural encantadora.

Si os animáis confirmádmelo enseguida y os explico todos los detalles para llegar hasta allí...

Sería tan emocionante volver a vernos después de tantos años...

¡Estoy impaciente por saber si habrá reencuentro de «Los seis salvajes»!

Besitos a los cinco.

Lucía.

Emocionada con la idea, Violeta no se lo pensó dos veces antes de contestar con un escueto:

Confirmado.Violeta.

Después de pulsar «enviar», Violeta tuvo un momento de arrepentimiento y se lamentó de haber contestado tan pronto, pero ya no había vuelta atrás. Dos días más tarde ya tenía un nuevo mensaje de Lucía explicándole el plan con más detalle. Ellas dos saldrían de Barcelona el sábado a las tres de la tarde y recogerían a Víctor en Zaragoza a las ocho. A las once de la noche se reunirían con Salva y Mario ya en

Regumiel. Alma llegaría al día siguiente en el autobús de línea.

A Violeta le pareció que Lucía no había calculado bien el tiempo y que llegarían a su destino mucho antes de lo planeado, pero cuando vio llegar a su amiga en un viejo mini destartado lo entendió todo...

Durante unos segundos dudó de que aquella chica alta y delgada, de pelo muy corto rubio platino, que la saludaba desde lejos con las dos manos y una sonrisa de oreja a oreja fuera Lucía. Lo primero que pensó fue que ese coche era demasiado pequeño para una chica que quizá rozaba el metro ochenta; después reparó en el tubo de escape medio colgando y se preguntó si aguantaría un viaje tan largo.

Lucía, impaciente al ver que Violeta se acercaba lentamente por el peso de sus bolsas y la maleta de madera, corrió a su encuentro. Las dos amigas se abrazaron fuertemente y, durante unos segundos, sintieron que el tiempo no había pasado entre ellas.

—¡Estás guapísima! —exclamó sinceramente Violeta.

De cerca, Violeta reconoció con facilidad a la niña que había sido su mejor amiga durante la infancia. El brillo de esos ojos azules, la sonrisa pícaro de su boca enorme y esa piel tan fina y blanca, que Violeta siempre había admirado, seguían intactos en el rostro de Lucía. El tiempo la había estilizado. Había sustituido su larga melena rubia por un corte a lo *garçon* muy favorecedor y sofisticado. Su cara era menos redonda y sus rasgos más afilados. Tampoco recordaba que fuera una niña especialmente alta y sí, en cambio, que tuviera algún problema de sobrepeso. Ahora, sin embargo, parecía sacada de una revista de modas.

—¡Tú sí que estás guapa, Violetita! ¡Qué alegría verte! ¡Estoy tan contenta de que hayas venido!

Después de reconocerse y achucharse durante un rato, mientras Lucía hablaba eufórica y movía sus manos sin cesar, explicándole mil cosas a la vez, Violeta temió el momento de meter sus cosas en el mini. Se avergonzó de haber sido tan previsor. Pero Lucía la tranquilizó al instante.

—Ah, no, no te preocupes No vamos a ir hasta Burgos en este cacharro. He quedado aquí con un amigo para que me devuelva mi coche. Lo intercambiamos porque tenía una reunión importante y debía llevar a unos clientes a visitar la ciudad... Y claro —rió divertida—, no podía impresionarlos con su mini destartalado. Pero el jeta hace semanas que debería habérmelo devuelto —continuó esta vez con el ceño fruncido—. Tuvimos un lío, ¿sabes? Bueno, en realidad, estoy coladita por él y nos acostamos cada vez que él quiere. Pero esto se va a acabar. Me va a oír...

En ese momento, un deportivo negro se acercó a ellas a toda velocidad. Violeta, que no entendía de coches, admiró la elegancia del Mercedes CLK, con interior de piel, acabados de madera y brillantes llantas, de su amiga.

De él salió un chico moreno, bastante más bajito que Lucía, y se acercó sonriendo hacia ellas. Violeta no supo ver qué era lo que tanto podía fascinar de ese hombre a una mujer como Lucía. No era muy intuitiva, pero adivinó enseguida que se trataba de un vividor que hacía lo que quería con su amiga. La cara de Lucía se iluminó en el acto y, aunque quería mantenerse dura, no tardó ni dos segundos en bajar la guardia.

—Lo siento, cielo. Debería habértelo devuelto antes —dijo poniendo cara de acongojado y acercando las llaves a los brazos cruzados de Lucía—, pero los canadienses han tardado más de lo previsto en marcharse y he tenido que hacer muchas horas extras... Por eso tampoco he podido llamarte antes. Hace días que apenas duermo. Perdona las pintas —dijo to-

cándose su pelo revuelto y su cara sin afeitar—. Me he quedado dormido.

Lucía cogió las llaves y se abalanzó hacia él para besarle y abrazarle.

—Ay, menudo cuento tienes, Ernesto —le soltó como reprimenda—. Anda, dame otro beso, que nos vamos. Es tarde...

El maletero del coche resultó ser más grande de lo que había imaginado Violeta, y los equipajes de las dos chicas apenas ocupaban la mitad de su interior. Violeta se ofreció dudosa para llevar el mapa y hacer las funciones propias de copiloto, pero Lucía la tranquilizó al momento:

—Tranquila, conozco bien el camino... Podría llegar con los ojos vendados. Mi madre es de allí y de pequeña siempre veraneaba en casa de mis abuelos. Lástima que la demolieran para ceder unos metros más a la plaza del pueblo...

Las dos primeras horas de viaje pasaron volando para las dos amigas. Habían transcurrido quince años desde que dejaron de verse; sin embargo, continuaban teniendo espíritus afines y encajaron, de nuevo, a la perfección. Lucía tenía una memoria prodigiosa, y Violeta disfrutaba escuchando las historias que su amiga repasaba de su infancia compartida, aunque algunas las hubiera desvirtuado o retocado con dosis de su imaginación...

—Nos conocimos en segundo, ¿lo recuerdas? Teníamos siete años y a mí me habían cambiado de colegio. Estaba cagada de miedo porque todos los demás ya os conocíais y pensé que me costaría hacer amigos. La profesora me sentó a tu lado y tú me regalaste una bufanda de bienvenida... Fue un gesto muy tierno.

A Violeta le vino clara esa escena a la mente. Lucía estaba

tan nerviosa que vomitó sobre el libro de matemáticas de Violeta. Lo recordaba bien porque, a pesar de que lo limpió enseguida con varias hojas arrancadas de su libreta, el fuerte olor agrio le acompañó durante todo el curso e hizo que acabara odiando todo lo relacionado con sumas, restas y multiplicaciones. Violeta le había dejado su bufanda para que se limpiara porque era lo único que tenía a mano; pero Lucía se la enroscó rápidamente en el cuello para tapar algunas manchas que habían salpicado en su blusa.

Le explicó, divertida, a Lucía su versión y ésta la recibió abriendo mucho los ojos y muriéndose de la risa.

—No puede ser —rió divertida—. No lo recuerdo... ¿De verdad que vomité en tu libro de mates? La memoria, a veces, es tan selectiva que olvida lo que no le interesa. Pero esta anécdota es muy graciosa. Y ahora que lo dices..., recuerdo una bronca de mi madre ese día cuando llegué a casa, quizá por haberme manchado la blusita nueva.

Durante unos instantes, las dos chicas permanecieron en silencio. Lucía conducía pensativa tratando de reubicar en su memoria ese nuevo recuerdo, al tiempo que acompañaba tateando, muy bajito, una triste melodía que salía del equipo de música.

Mientras, Violeta contemplaba ensimismada, a través de la ventanilla, el paisaje que iban dejando atrás. En Barcelona el día había amanecido soleado y despejado. Sin embargo, a medida que se alejaban de la ciudad, el cielo se iba tornando cada vez más gris, y la niebla amenazaba con cubrirlo todo con su fina tela. Amante de los días luminosos y brillantes, Violeta se sorprendió al admirar la belleza del paisaje en brumas. Los campos catalanes de viñedos, alineados en perfecta simetría, desprovistos de hojas y frutos tras la vendimia, ofrecían un aspecto melancólico muy cautivador.

El coche marcaba una temperatura exterior de siete gra-

dos; pero a Violeta no le importó que Lucía bajara el cristal para fumar. El aire helado que entraba por la ventana hizo que sus mejillas se encendieran y su espíritu se sintiera libre y vivo.

Observó a su compañera de viaje y admiró sus gestos elegantes. Nunca le había gustado que la gente fumara a su alrededor, pero los cigarrillos mentolados que fumaba Lucía desprendían un aroma tan agradable que Violeta se sorprendió aspirándolo profundamente mientras cerraba los ojos...

Sin apartar la mirada de la carretera, Lucía la sacó de su ensimismamiento con una pregunta.

—¿Por qué «Los seis salvajes»? ¿Recuerdas por qué pusimos ese nombre a nuestro club secreto?

—Sí, fue idea de Salva. Lo propuso una tarde mientras merendábamos y hacíamos los deberes en la vieja barbería.

—Ya recuerdo... —añadió Lucía confirmando la explicación de Violeta—. Salva decía que la palabra «salvajes» nos definía a los seis porque éramos «espíritus libres regidos por sus propias normas sin someterse al rebaño de la clase» —recordó Lucía con esfuerzo, resaltando cada palabra para demostrar que se trataba de una cita literal.

—Ya —prosiguió Violeta—, pero todos sabíamos que «salvajes» significaba otra cosa.

—Sigue... —le rogó Lucía mientras apuraba las últimas caladas de su cigarrillo y abría el cenicero del coche para tirar la colilla.

—¿Recuerdas su apellido?

—Mmm... ¿Gutiérrez?

—Exacto. Salva G., que suena: «salvaje». Así todos nos convertíamos en «salvajes»; es decir, en «seguidores de Salva», en «su» grupo... Salva siempre ejerció de líder —continuó Violeta—. De hecho, siempre era él quien convocaba nuestros encuentros y, además, nos reuníamos en su local.

—¡Vaya! Yo no había reparado en eso del nombre —exclamó Lucía mirando alucinada a Violeta, mientras desviaba unos segundos la vista de la carretera.

—Bueno, a ninguno nos importó porque le admirábamos y porque, en el fondo, no dejaba de ser un homenaje a su padre difunto que se llamaba como él. En la puerta del local había un viejo cartel oxidado en el que ponía: «Salva G». Era el nombre de la barbería.

Violeta lo recordaba muy bien. Tenían diez años cuando empezaron a reunirse en ese viejo local. El padre de Salva estaba entonces ya muy enfermo y no pasaba por allí desde hacía años. Entre todos habían construido una mesa con una puerta que encontraron entre los escombros de la basura y habían dispuesto varios sillones de barbero alrededor de ella. Tras la muerte del padre de Salva, nadie había vuelto a preocuparse por la barbería. Su madre los descubrió allí un día, poco tiempo después de que muriera su marido. Había decidido ir a ponerlo todo en orden, cuando pilló a los pequeños haciendo allí tranquilamente sus deberes. Lo habían mantenido limpio y cuidado, así que pensó que no había motivo para prohibirles la entrada. Después de verse sorprendidos, los niños temieron quedarse sin local, así que se quedaron perplejos cuando una semana después encontraron allí una nevera vieja llena de refrescos.

Años más tarde, en plena pubertad, despejaron los sillones hacia un rincón para hacer una pista de baile y sustituyeron la mesa por un viejo sofá de escay marrón, que la madre de Salva había desterrado de su casa tras comprarse uno nuevo de poli-piel. Violeta no pudo evitar sonreír al recordar el sonido que emitía la tapicería de plástico cada vez que se sentaban en él. Ese pensamiento le transportó a otro, en el que el viejo sofá fue testigo de su primer beso. Ocurrió en una verbena de San Juan.

Era la primera fiesta en la que incluían alcohol —un pon-

che de cava, limonada y frutas que ellos mismos habían preparado—, pero la ocasión bien lo merecía: las clases habían terminado. Atrás dejaban la EGB, y para celebrarlo habían invitado a un montón de compañeros del colegio.

Aquella tarde, después de bailar todas las canciones del casete de Modern Talking, Violeta se acomodó en una silla. Estaba agotada y algo mareada por la bebida, así que aprovechó el momento de las lentas para coger aire y descansar los pies. Ahora era el turno de Glenn Medeiros y su «Nothing's gonna change my love for you». Cerró los ojos y se dispuso a disfrutar de su balada favorita, cuando una voz masculina la sorprendió.

—¿Bailas?

Violeta no daba crédito a lo que estaba sucediendo; Álex, el chico más guapo de todo el colegio, tendía su mano hacia ella, invitándola a bailar. ¡A ella!, con quien jamás había cruzado una sola palabra.

Las miradas del resto de las chicas se posaron envidiosas en Violeta, mientras ella asentía tímidamente con la cabeza y aceptaba su mano para levantarse. Estaba tan emocionada, que le costó varios segundos procesar las siguientes palabras de aquel chico:

—Qué bien... Mientras tú bailas, yo ocuparé tu silla. Estoy tan cansado...

Las risas divertidas de los que habían presenciado la escena la devolvieron a la realidad. Sin embargo, cuando se dirigía nerviosa y avergonzada hacia la puerta de salida, Violeta notó cómo un brazo la agarraba por la cintura haciéndole perder el equilibrio hasta aterrizar en el sofá marrón de escay.

—¿Te hago un hueco, Violeta? Pareces cansada de tanto bailar —le dijo Mario, divertido, acomodándola a su lado.

Violeta estaba realmente enfadada por la humillación pública de aquel chico, así que no estaba para más bromitas.

—Déjame en paz, Mario. Me voy a mi casa.

—Ese tío es un imbécil —contestó Mario obligando a Violeta a mirarle a la cara—, y tú una tonta si permites que te arruine la fiesta.

Violeta agradeció las palabras de su amigo y le miró a los ojos sorprendida. Se conocían desde que tenían seis años. Habían compartido muchos momentos juntos: juegos, estudios, travesuras... Pero, aquella tarde, sentados frente a frente en aquel viejo sofá, a la luz de unos farolillos de colores, Violeta vio algo desconcertante en su mirada. Algo que la turbaba y le hacía intuir un amor avivado durante años de amistad. Y, de repente, un sentimiento nuevo se despertó también en el corazón de Violeta. Empezó a sentir un cosquilleo inquietante en su interior, como si millones de mariposas aletearan al mismo tiempo en su estómago, y no pudo evitar temblar de excitación cuando él se acercó muy lentamente a su oído y le susurró:

—Me gustas mucho, pecosa.

En ese momento, la boca de Mario sembró un recorrido de besitos en el cuello de Violeta hasta alcanzar la meta de su boca. Ella separó los labios permitiendo que su lengua la explorara y los dos se fundieron en un cálido y húmedo beso. Violeta notó cómo se encendían sus mejillas y el corazón se le aceleraba.

Al separarse, sus ojos volvieron a encontrarse y sus labios se arquearon en una sonrisa. Embriagada por la mezcla del ponche y la saliva ardiente de Mario, la mirada de Violeta, achispada por el alcohol, se tiñó de deseo. Era su primer beso y le pareció deliciosamente inquietante. Un calor creciente empezó a apoderarse de su cuerpo mientras sus labios se acoplaban una y otra vez, y sus lenguas bailaban unidas al mismo ritmo. Así estuvieron un rato hasta que Mario se ofreció a acompañarla a casa. A Violeta no le importó que Mario escogiera el camino más largo y peor iluminado y... que durante el trayecto la abra-

zara en un callejón oscuro y la besara de nuevo. Tampoco protestó cuando, ya en su portal, deslizó las manos por debajo de su blusa y acarició su espalda desnuda mientras se besaban a oscuras. Notó que le fallaban las rodillas y se agarró con fuerza a sus brazos, deseando aferrarse a aquel instante condenado a no repetirse... En unos días Mario partiría hacia Boston, a casa de su abuela materna, para cursar bachillerato, y quizá nunca más volverían a verse.

Aquella noche, un calor que nada tenía que ver con la cálida temperatura estival, hizo que Violeta no pegara ojo.

El recuerdo de aquel beso la acompañó durante otras muchas noches de insomnio en su adolescencia. Y ahora, quince años después, volvía a su mente con una precisión asombrosa.

Lucía devolvió a Violeta a la realidad sugiriéndole una parada para comer algo. Eran las cinco y acababan de pasar Lérida. Atrás habían dejado, entre brumas, los campos de viñedos salpicados con tierras de trigo y árboles frutales. Un toro negro de Osborne, perfectamente conservado, les dio la bienvenida desde una pequeña colina, la única a la vista entre kilómetros y kilómetros de planicie y tierras áridas. A lo lejos distinguieron el cartel luminoso de un restaurante de carretera.

Un señor de unos cincuenta años, con una espesa mata de pelo castaño escrupulosamente peinado, y con más pinta de mayordomo que de camarero de un modesto bar de carretera, se acercó a ellas muy educadamente y, después de tomarles nota de dos bocadillos de tortilla de patatas, les dijo:

—Como ya sabrán no puedo servirles bebidas alcohólicas...

Aunque ninguna de las dos había contemplado esa opción, Violeta y Lucía pensaron que quizá se refería a alguna nueva normativa implantada en las cafeterías y bares de carretera

para prevenir accidentes. Pero el señor prosiguió con la sonrisa más encantadora que fue capaz de esbozar.

—Me lo tienen prohibido a menores.

Las dos chicas agradecieron el cumplido y rieron con ganas.

—¡No está mal para empezar los festejos de nuestro treinta aniversario! —exclamó animada Lucía.

Después de comer, de nuevo en ruta, Violeta se sintió muy pesada y empezó a notar los huevos y las patatas dando vueltas en su estómago. Habían reanudado la marcha hacia Zaragoza, y Lucía no paraba de charlar con la vista fija en el parabrisas. Violeta asentía mientras la miraba de soslayo, pero decidió mirar al frente y concentrarse en las líneas blancas de la carretera para vencer su deseo apremiante de arrojarlo todo por la boca. Las ruedas del coche azul que iba delante, girando una y otra vez, en el asfalto, acabaron de marear a Violeta. Durante unos segundos cerró los ojos y trató de pensar sólo en su respiración. Sin embargo, tardó poco en llevarse una mano a la boca y tirar del jersey a su amiga para que detuviera el coche. Lucía paró enseguida en un recodo del camino, y corrió a auxiliar a Violeta poniéndole una mano en la frente y sujetándole el pelo con la otra para que ningún mechón escapara hacia su cara mientras vomitaba en la cuneta. Después sacó unas toallitas mojadas de aloe con manzanilla de la guantera, y se las ofreció para que se refrescara y limpiara la cara. Violeta agradeció el gesto y se disculpó; dos gotitas amarillas habían aterrizado en las botas camperas de Lucía.

—Tranquila —dijo Lucía con una sonrisa—. Se lo debías a tu libro de matemáticas. Han pasado muchos años, pero por fin has conseguido vengarlo...

Las dos chicas empezaron a reírse. Después, Violeta le pidió que la dejara caminar un ratito por el arcén. Estaba blanca,

pero el aire helado consiguió restablecerla muy pronto. Pasados unos minutos, y liberado su estómago de toda carga, empezó a sentirse ligera y con fuerzas renovadas para proseguir el viaje.

Como aún les quedaba mucho tiempo para llegar a Zaragoza, Lucía propuso conducir unos kilómetros más hasta Fraga y descansar allí un rato. Podrían comprar algo de fruta en el pueblo para el camino y estirar un poco las piernas. Aunque Violeta tenía mejor cara y le había asegurado que se encontraba bien, Lucía decidió entretener a su amiga conversando para que no se mareara. Esta vez Violeta no despegó la mirada de la carretera y se dispuso a disfrutar de nuevo del paisaje y de una agradable charla con Lucía.

—Salva y Mario eran muy amigos —prosiguió Lucía rememorando el pasado mientras escogía unas naranjas de una caja de madera—. Pero a Mario le gustabas tú y Salva estaba un pelín celoso...

—Pues yo te recuerdo a ti rodeada de chicos...

—Bueno, eso fue en octavo..., cuando me adelgacé, me puse lentillas y me crecieron las tetas —rió Lucía llevándose graciosamente las naranjas al pecho—. Pero no nos engañemos..., la verdadera ligona del grupo era Alma. Con sólo catorce años llevaba de cabeza a todo el colegio. Durante un tiempo se rumoreó incluso que ella fuera la causa de que el profesor de gimnasia, aquel chico de unos diecinueve años en prácticas de INEF, pidiera el traslado.

—Sí, era una auténtica Lolita. Me muero de ganas por ver cómo la ha tratado el tiempo.

—Saldrás de dudas muy prontito.

Sin apartar la vista del asfalto, el recuerdo de Mario volvió de nuevo con fuerza a su mente.

—Mario era muy mono —suspiró Violeta cambiando de tema—, ¿verdad?

Y antes de que su amiga le diera la razón Violeta recordó el momento en que ambos se conocieron.

Mario Moura apareció en la vida de Violeta una tormentosa mañana de invierno. Entonces los dos tenían seis años e iban al mismo colegio, pero nunca se habían dirigido la palabra porque iban a clases diferentes. Aquel día Violeta salió veloz de casa con sus botas de agua rojas y un diminuto paraguas transparente. El cielo estaba muy oscuro y una espesa cortina de lluvia lo cubría todo. Apenas faltaban unos minutos para las nueve, así que decidió atajar por el paseo (todavía sin asfaltar) y cruzar corriendo el barrizal que se formaba a lo largo de la rambla que llegaba hasta el colegio. El viento soplaba muy fuerte y apenas podía controlar su paraguas. Como no quería llegar tarde a clase fue atravesando todos los charcos que se cruzaban en su camino. De repente, resbaló y cayó de bruces en uno de ellos. Empapada y llena de barro se quedó allí sentada, inmóvil. Se le había roto el paraguas y la lluvia caía con furia sobre su cabeza. Estaba a punto de ponerse a llorar cuando una mujer la cogió por el brazo y la cubrió con su paraguas hasta una portería cercana. Le pareció entender algo así como que conocía a su madre, que era muy tarde y que su casa quedaba muy lejos para acompañarla con esa lluvia. Muda, se dejó arrastrar dócilmente por aquella desconocida hasta el ascensor. Tiritando de frío y algo asustada, la mujer la empujó suavemente hacia su piso donde, sin pasar del recibidor, le quitó rápidamente toda la ropa, le limpió la cara de barro, secó su cuerpecito con una toalla y susurró algo al oído de un niño en el que, hasta entonces, Violeta no había reparado.

—¿Calzoncillos también, mamá? —dijo alegremente aquel muchacho.

—Sí, hijo sí, trae de todo. Se ha puesto como una sopa.

Sin pronunciar palabra Violeta se aferró al mango de acero de su paraguas, que había perdido toda la tela de plástico, mientras trataba de contener las lágrimas.

—Te llamas Violeta, ¿verdad? —le preguntó dulcemente aquella mujer mientras le colocaba una camiseta con un dibujo de Mazinguer Zeta y unos pantalones de pana marrones, demasiado grandes para ella.

Medio desnuda, con el pelo pegado a los hombros y los labios morados, se sentía incapaz de pronunciar palabra.

—Mamá, con ese pelo rojo y esa varita en la mano Violeta parece un hada, ¿a que sí?

—Sí, hijo... —sonrió la madre—, o una florecilla mojada.

Aquel día Mario la acompañó hasta clase sin soltarla de la mano y se despidió de ella con un beso en la mejilla.

—¡Eh, vosotras! Sí, sí, vosotras...

Las dos amigas se giraron cuando estaban a punto de alcanzar el coche y vieron acercarse hacia ellas a una chica con un abrigo de lana blanco, de unos veinte años, cargada con un macuto y una guitarra.

—¿Sí? —contestaron sorprendidas las dos a la vez.

—¿Vais de camino a Zaragoza?

Violeta y Lucía se quedaron durante unos segundos inmóviles mirando a la joven sin saber qué decir... Con su larga melena castaña, lisa y recta, y sus enormes y suplicantes ojos avellana, aquella chica menuda parecía un ángel en apuros. Violeta pensó que era demasiado joven para dejarla a su suerte, así que asintió con la cabeza mirando a Lucía. Pero antes de que ninguna pudiera abrir la boca, ya la tenían sonriente junto al coche.

—Me llamo Irene —dijo con soltura—. Voy a Madrid, pero si me dejáis en Zaragoza me iría de perlas.

Lucía le abrió el maletero para que la joven pudiera meter sus cosas, pero aferrándose a su macuto y poniendo morritos de disgusto, exclamó:

—Ah, no, yo nunca me separo de mi macuto... —y de un salto se coló en el asiento trasero arrastrando tras de sí su bolsa y su guitarra.

Durante la siguiente hora, las tres chicas viajaron en silencio. Lucía y Violeta contemplando alucinadas el bello atardecer de las llanuras esteparias de los Monegros; Irene dormitando, estirada y con la cabeza reposada sobre su macuto.

La aspereza del lugar, rodeado de cuervos y naturaleza seca, contrastaba con la luz cálida del atardecer. Apenas eran las seis de la tarde, pero en el horizonte una enorme franja de fuego comenzaba a teñir las tierras desérticas, ocres y rojizas, de un inusual tono anaranjado. Violeta trató de retener esa imagen en su retina con la intención de plasmarla más adelante en un lienzo. Las dos chicas coincidieron en que la planicie del desierto aragonés, sin ningún tipo de obstáculo en el horizonte, hacía de sus puestas de sol un espectáculo único...

—«El desierto nunca es tan bello como en la penumbra del alba o del crepúsculo» —señaló Violeta citando a Paul Bowles en *El cielo protector*.

Pero la voz espectral de Irene, todavía adormilada, desvió su atención hacia el asiento trasero.

—¿Desierto? Llamas desierto a esta mierda de tierra seca. El Sahara sí es un desierto y no esto.

—¿De verdad? ¿Has estado allí alguna vez? —preguntó Lucía desafiante.

—Pues claro. Hace dos años hice una ruta transahariana por el sur de Argelia con unos colegas... Durante diez días fuimos de Djanet a Tamanrasset, atravesando kilómetros de increíbles dunas doradas y varios poblados tuareg. Una experiencia alucinante...

Las dos chicas se miraron sorprendidas e Irene añadió.

—Vamos, tengo diecinueve años... He estado en muchas partes.

—¿Y qué es lo que ha movido a una intrépida viajera como tú a venir a estas sencillas tierras aragonesas? —preguntó irónica Lucía.

—El «Monegros desert festival». Un macroconcierto de música electrónica.

—Tenía entendido que se hacía en verano...

—Sí —continuó con voz cansada Irene—. Ahora vengo de visitar a unos tíos que conocí allí. Como yo, son fans de The Prodigy y quedamos en Fraga para intercambiar material musical y... algún que otro fluido.

Las dos chicas buscaron sus miradas mutuamente para confirmar que habían oído bien las palabras de esa chica, casi adolescente.

—Fluidos —se atrevió a apostillar Lucía frunciéndole el ceño desde el espejo retrovisor.

—Claro, ¿qué crees que se hace en esos festivales aparte de escuchar música? Pues sexo y drogas. Eh, que no sois tan mayores... «Sexo, drogas y rock & roll». ¿No es el viejo eslogan de siempre? ¿O sabéis de todo eso tanto como de desiertos?

Lucía y Violeta estaban empezando a cansarse del aire de suficiencia de Irene. Aquella niña de cuerpo frágil y cara de ángel se había transformado durante el viaje en un diablillo insoportable. Además, se había quitado las botas y un pestilente olor a pies las

obligaba a bajar continuamente las ventanillas, a pesar del frío.

—Estos chicos son de Barcelona —continuó Irene con su explicación, aunque nadie le había pedido que siguiera—. Me salvaron de una buena. Casi no lo cuento...

—¿Qué te pasó? —preguntó Violeta vencida por la curiosidad.

Irene cerró los ojos y respiró profundamente, parecía que el recuerdo que estaba a punto de salir de sus labios todavía la hacía estremecer.

—Aquella noche el *open air*, la zona más multitudinaria del festival, estaba a reventar. Yo había empalmado varios conciertos seguidos, llevaba dos noches sin dormir, pero no quería perderme a Carl Cox, el Dj más cañero y bailable de todos. Varios de mis amigos se fueron a descansar al *chill out*, querían dar un poco de respiro a sus piernas y oídos. Pero yo estaba eufórica. No podía parar. Mi cuerpo, empapado en sudor, bailaba como poseído al compás de aquella música infernal... hasta que no pudo más, y se desplomó en el suelo.

Irene se quedó muda durante unos segundos.

—Demasiadas pastillas, supongo. Las mitsubishi te dejan el cuerpo fatal. Pero es la única forma de burlar el cansancio. Esos chicos me recogieron y me llevaron a una zona tranquila, me hicieron vomitar y me secaron el sudor con sus camisetas mojadas en agua fría...

Aunque sólo una década la separaba de aquella chica, Violeta se sintió a años luz. No envidió no haber estado nunca en un macroconcierto como ése —detestaba las aglomeraciones y no entendía nada de música electrónica—, y dudaba que Irene hubiera estado alguna vez en Argelia. Pero admiraba esa manera espontánea y fresca de afrontar la vida, de vivir al límite... Ella siempre se lo

pensaba mil veces antes de tomar una decisión, nunca daba un paso en falso sin haberlo meditado muy bien... Aunque lo tenía clarísimo, le había costado meses dejar su empleo de teleoperadora; por no hablar de Saúl, al que todavía no había desterrado definitivamente de su vida... Ese último pensamiento le recordó que todavía no le había llamado. Lo haría al llegar a Zaragoza.

Por la cara de Lucía, adivinó que su amiga estaba harta de la tercera pasajera. Irene había abierto la bolsa de ciruelas que habían comprado para la cena y las engullía, con la boca abierta, casi sin masticarlas. Lucía la sorprendió limpiándose los dedos disimuladamente en la tapicería de piel.

De repente, cientos de gotas empezaron a chocar contra el cristal. Parecía increíble que pudiera llover en un lugar tan inhóspito como aquel, pero en unos minutos el agua empezó a caer con insistencia. Estaba anocheciendo y, de nuevo, la niebla envolvió el paisaje. La carretera era ancha y recta, pero apenas circulaban coches para orientarse con sus faros y Lucía avanzaba tranquila a una velocidad moderada. De repente las sorprendió un tramo de curvas e Irene soltó un grito. Lucía se asustó y estuvo a punto de salirse de la carretera de un volantazo.

—¡Frena! —le rogó Irene realmente asustada—. Este tramo es muy peligroso. Los conductores se confían porque han atravesado muchos kilómetros de rectas, pero en las noches lluviosas y nubladas como ésta hay muchos accidentes por aquí. Lucía le hizo caso y redujo la velocidad, comprobando asustada que de no haber sido advertida del peligro quizá hubieran tenido un accidente.

—¿Cómo sabías que...? —preguntó Violeta con el corazón en un puño.

—Porque estoy muerta.

Aunque en otras circunstancias —quizá de día—, esa respuesta hubiera despertado las risas de las dos chicas, en aquel mo-

mento, en vísperas del día de difuntos, bajo la oscuridad infinita del desierto, las brumas de la noche y la insistente lluvia repique-teando contra los cristales, hizo que se estremecieran de miedo.

Consciente de ello, Irene encendió la luz interior del habitáculo para matizar sus palabras. La luz amarillenta otorgaba un aspecto mortecino a la tez pálida de la chica.

—Aquella noche, en el concierto, no superé la sobredosis de pastillas. Aquellos chicos intentaron lo imposible, pero no hubo forma de devolverme a la vida. La noticia salió incluso en los diarios... Mi cuerpo se quedó aquel día en Fraga, pero mi alma vaga aburrida desde entonces por estos caminos áridos intentando volver a casa.

Irene apagó las luces e interrumpió su explicación con un largo silencio.

—La vida en el más allá es muy triste —continuó—. Me siento tan sola... ¿Queréis acompañarme? En mi macuto llevo algunos cuchillos, una pistola y varias mitsubishis. ¿Alguna preferencia?

Lucía, roja de furia, se atrevió a gritarle.

—Mira niñata, como no te calles te abro aquí mismo la puerta, te estampo tu guitarra en la cabeza y te dejo tirada en medio de los Monegros...

Violeta no pudo evitar sonreír al ver a su amiga totalmente fuera de sí. Aquella frase había roto el halo misterioso y tétrico que había creado Irene con su fantasmagórica narración. Las dos chicas se miraron y rompieron en una sonora carcajada. En ese momento, las luces de una gasolinera aparecieron en el horizonte y decidieron parar a repostar y tomar un café.

Irene, ofendida por la reprimenda de Lucía, salió apresuradamente del coche con su macuto y su guitarra, dando un portazo, ante la mirada divertida de las dos chicas.

El bullicio de la cafetería contrastaba con el silencio sepulcral del exterior. En una esquina, un grupo de chicos y chicas, de la edad de Irene, reían divertidos. Todavía molesta por su «falta de humor», Irene dejó sus cosas junto a ellas y corrió a relacionarse un rato al otro lado del local.

Mientras apuraban sus cafés, Violeta y Lucía se miraron. Ambas se entendieron al instante y, levantándose sigilosamente, pagaron al camarero y dejaron la siguiente nota para Irene: «lo sentimos mucho. Pero nosotras no viajamos con fantasmas».

A una hora de Zaragoza, Violeta se alegró de poder pasar un rato más a solas con Lucía antes de que se incorporara el nuevo pasajero. Todavía no habían tenido mucho tiempo de charlar y ponerse al día de sus respectivas vidas, aunque también era cierto que no lo necesitaban. Las dos se sentían muy a gusto juntas, incluso cuando estaban calladas, escuchando música, pensando en sus cosas o contemplando el paisaje. No había silencios incómodos que llenar con palabras vacías o explicaciones forzadas.

El tramo que faltaba hasta la capital aragonesa carecía de cualquier tipo de atractivo. Habían decidido coger la autopista para no hacer esperar a Víctor, así que no había reclamos al otro lado de la luneta, sólo kilómetros de asfalto por recorrer. El cielo estaba ya muy oscuro, la lluvia había cedido y, hartas de escuchar una y otra vez el único CD que Lucía llevaba en el coche —*Quelqu'un m'a dit*, de Carla Bruni—, las chicas se sintieron animadas a hacerse confidencias en la intimidad de la noche.

Violeta narró a Lucía su vida desde el instituto, los años de Bellas Artes, sus varios empleos frustrados, su trabajo como ilustradora y, por último, su metedura de pata con las láminas mojadas para «Álbum de flores». También le habló, muy de pasada, de Saúl y de su reciente ruptura.

Lucía la escuchaba atentamente, sin perderse detalle, asintiendo con la cabeza.

—Siempre supe que serías una buena ilustradora —le dijo con una sonrisa en los labios—. De pequeña participabas en todos los murales y todas te pedíamos que nos hicieras dibujos para decorar las carpetas... Dibujabas tan bien...

Sin apartar la vista de la carretera —desde la famosa curva, casi no se atrevía ni a pestañear—, le llegó el turno a Lucía.

La chica respiró profundamente y, con su voz firme y algo ronca, comenzó la increíble narración de su sorprendente vida.

Con sólo veintiún años, Lucía había heredado un próspero negocio textil. Su padre, un auténtico *self-made man*, lo había creado, quince años atrás, comprando varias máquinas de punto e instalándolas en casas de algunas mujeres del barrio. Tardó muy poco en invertir sus primeras ganancias en un viejo taller y en poner en regla lo que hasta el momento había gestionado como economía sumergida. En unos años, las máquinas se multiplicaron por cinco y convirtió su empresa en la principal suministradora de punto de alta calidad para las firmas más importantes y los diseñadores de más prestigio del país. En poco tiempo vio crecer su negocio hasta convertirlo en una multinacional con pequeñas sedes en varios países de Latinoamérica. Su familia había vivido la transformación con asombro, pasando de un minúsculo piso de alquiler en un barrio obrero de L'Hospitalet a una casa de 300 m², con piscina y servicio, en Pedralbes.

Un cáncer de páncreas le obligó a retirarse prematuramente y a delegar su negocio en las manos inexpertas de su principal accionista, que tardó muy poco en reducir a una quinta parte el imperio y vender sus acciones. La enfermedad y la tristeza vencieron a ese hombre antes de que pudiera ver cómo sus hijos reflataban el negocio. Poco tiempo después, murió también su madre y con ella el único apoyo de los dos chicos. Vinieron años difíciles para la industria textil catalana, pero tanto Lucía como su hermano trabajaron con ahínco has-

ta lograr posicionarse otra vez en el mercado español y coque-
tear de nuevo con América.

Lucía había cursado estudios superiores de diseño textil y
moda, así que creó su propia colección de ropa de punto. Era
arriesgada y lista, y su talento pronto empezó a darle suculen-
tos frutos. Sus camisetas Shone se habían hecho famosas por todo
el mundo —llegando incluso al ropero de algunas actrices de
Hollywood—, mientras su creadora se mantenía en el más dis-
creto anonimato.

Inversamente proporcional a su exitosa carrera profesio-
nal, la vida sentimental de Lucía era un completo desastre. Te-
nía imán para hombres holgazanes y jetas, con los que se diver-
tía una temporada pero de los que se cansaba fácilmente.

—No puedo creer que tú seas... ¡Me encantan las camisetas
Shone! —fue todo lo que acertó a decir Violeta, embargada
por la emoción de la revelación de su amiga.

Las luces de los edificios altos y el humo blanco de las fábricas
les anunció la entrada en el extrarradio de Zaragoza. Lucía in-
dicó a Violeta que abriera la guantera y cogiera el plano que
le había pasado Víctor, por e-mail, con los datos del hotel en el
que se encontraba alojado.

—Hotel Los Enlaces —leyó Violeta—. Calle Pilar Miró, 1.
A cinco minutos de la Feria de Muestras, junto al aeropuerto.

Y examinando detenidamente el plano adjunto consiguió
guiar a Lucía hasta la puerta del hotel.

Mientras esperaban a Víctor, sentadas en los enormes sofás de
piel marrón del vestíbulo, Violeta observó a Lucía hojeando una

revista de modas. Pensó que su amiga era una de esas personas con una gran elegancia interior, muy distinta a la sofisticación de Malena. A pesar de su fortuna, nada en su aspecto informal —unos ceñidos y gastados vaqueros, que le sentaban de maravilla, unas botas camperas y un amplio jersey de lana y cuello vuelto azul cielo— denotaba su posición social. Sus gestos, en cambio —su forma de sujetar el cigarrillo entre los dedos y llevárselo a los labios, de pasar las páginas de la revista o de mover las manos al hablar...— estaban dotados de una gracia exquisita.

Un chico moreno, alto y muy atractivo, con un traje oscuro que revelaba un cuerpo musculoso pero atlético, se dirigió hacia ellas con tono familiar.

—¡Chicas! No me lo puedo creer... ¡Qué guapas estáis! ¡Cuánto tiempo! Fíjate —comentó cogiendo a Lucía de una mano mientras le hacía girar sobre sí misma—. Estás increíble. ¡Qué pelo más ideal! Y tú, pecosilla —ahora le tocó el turno a Violeta—, tienes los mismos ojos de dibujo animado y la naricilla respingona de siempre. Y esa melenaza roja... —exclamó mientras le pasaba con dulzura una mano por los rizos—. Pareces una de esas damiselas románticas de los cuadros de Waterhouse.

Las dos chicas agradecieron los cumplidos y entendieron, enseguida, que Víctor «entendía». Con el tiempo, sus gestos se habían extremado sin dejar lugar a dudas sobre su condición sexual. De pequeño ya apuntaba maneras: siempre cantaba y bailaba en las funciones del colegio con gran soltura, se ofrecía voluntario a todas las representaciones teatrales y, en cambio, jamás jugaba a fútbol o a los juegos bélicos que tanto divertían a los demás chicos. Algunos niños se reían de él y le llamaban «nenita» en el colegio, pero a él no le importaba porque tenía sus propios amigos y, además, pertenecía a un club secreto en

el que todos los miembros le respetaban y aplaudían sus ingeniosas propuestas.

Brillante en los estudios, se había convertido en una joven promesa de la medicina. Con sólo treinta años, el Dr. Sierra le había elegido como sucesor natural en la dirección del Departamento de Cardiología del Hospital Clínico de Barcelona cuando se jubilara. Sus intervenciones quirúrgicas, poniendo marcapasos o desfibriladores, eran rápidas y precisas; y tenía intuición para encauzar bien los proyectos de investigación. Cuando recibió el e-mail de Lucía pensó que había sido una deliciosa coincidencia que le pillara precisamente en Zaragoza, en el último día de la convención de cardiólogos a la que había sido invitado como ponente principal.

Eran las ocho y media y estaban cansadas y hambrientas del viaje; así que recibieron encantadas la sugerencia de Víctor de comer algo en el restaurante del hotel. Las dos optaron por un caldo de verduras de primero. Violeta reparó que era el único plato caliente que se llevaba a la boca ese día. Mientras cenaban, Víctor les puso al día de las vidas de Salva y Mario.

Los tres habían seguido en contacto desde primaria. Salva y Víctor porque fueron vecinos de escalera en el barrio. Mario les había escrito durante años desde Boston. Ahora hacía tiempo que no se veían, pero los tres tenían sus respectivos teléfonos y e-mails y estaban al corriente de sus vidas.

Sorprendentemente, Salvador Gutiérrez, el niño más listo de la clase, era el único que había dejado los estudios después del instituto. Tras la muerte de su padre, su madre había trabajado mucho para sacar a la familia a flote; así que decidió por su hijo que la vida no estaba como para perder el tiempo estudiando, y consiguió que lo admitieran en la fábrica de compo-

nentes mecánicos para autobuses en la que trabajaba su tío. Curioso por naturaleza y amante de los libros, Salvador acabó su formación en casa y demostró a su madre que la cultura también podía ser muy rentable, ganando el premio estrella en un concurso de la tele para intelectuales, de preguntas y respuestas. Después de su particular venganza, pidió el despido.

Con los ahorros que había ido acumulando desde los diecisiete años y el premio del concurso compró un local en el Raval, en plena efervescencia cultural, y lo convirtió en una exitosa cafetería-librería con la que se ganaba muy bien la vida. Estaba casado y tenía una niña de dos años. Hasta aquí el parte de Salva.

A Mario Moura hacía más tiempo que no lo veía. Era biólogo, ahora estaba en Barcelona con una beca de investigación sobre el comportamiento de una especie de arácnidos, pero pasaba grandes temporadas fuera con proyectos que, en ocasiones, se alargaban durante años.

—¿Está casado? —se atrevió a preguntar Violeta.

Lucía y Víctor se miraron con complicidad esbozando una media sonrisa.

—No —contestó Víctor con toda la indiferencia que fue capaz de fingir para no incomodar a Violeta—. Estuvo cinco años viviendo en California y allí tuvo una relación con una pianista... pero no funcionó.

Después de los cafés pensaron que era el momento de ponerse en marcha. Habían quedado a las once con los chicos en Regumiel y ya iban justos de tiempo. Aun así, Lucía estaba tranquila porque conocía la hospitalidad de Basilio, el casero que regentaba la vaquería, y su habilidad para entretener a los turistas con succulentas historias.

Durante la primera hora, los tres hablaron atropelladamente de todo. Había una química muy especial entre ellos y se rieron de lo lindo recordando anécdotas del pasado. Violeta cedió a Víctor su asiento de copiloto y se acomodó en la parte trasera. La autoestopista fantasma había dejado varios rastros de su paso por allí: un ligero, pero penetrante, olor a pies, varios huesos de ciruela y una pulsera de plata enterrada bajo la tapicería. Violeta tiró del broche que asomaba por un pliegue del asiento y leyó la siguiente inscripción grabada: «vive rápido, siente despacio».

Al entrar en la provincia de Soria, la carretera se volvió más estrecha mientras serpenteaba por pueblos de piedra gris y tejados rojos. Violeta admiró la majestuosidad de los pinos que se alzaban, en un bosque de prados verdes, hasta el cielo. La monotonía del bello paisaje y la oscuridad de la noche acabaron de sumir a Violeta en un profundo sopor...

Cuando abrió los ojos, pudo leer un cartel que anunciaba la llegada a su destino. «Regumiel de la Sierra», repitió en voz alta y Lucía cogió la primera desviación a la izquierda en dirección a la vieja vaquería.